

ILEGALES

Sobrevivientes de la Shoá en Argentina

Por DAMIÁN WEIZMAN

Ilegales. Objetivos y metodología

Este trabajo trata de mostrar qué pasó en Europa en la década del '30 y el '40. Cómo vivían las familias judías antes de la guerra y qué pasó con ellas cuando estalló el conflicto y se puso en marcha el macabro plan del nazismo para aniquilar a los 11 millones de judíos de Europa. Pero se hace hincapié en aquellos que al sobrevivir vieron una luz de esperanza en Argentina para rearmar sus vidas. Sin embargo se encontraron con un país con las puertas cerradas para los refugiados. Quienes lo intentaron tras la guerra buscaron la forma de conseguir documentación falsa en los países limítrofes y entrar como verdaderos ilegales. Y es justamente esta palabra "ilegales" la que más mencionan los historiadores, investigadores y los mismos sobrevivientes al recordar el ingreso de refugiados a nuestro país desde mediados de la década del '30 hasta 1949, cuando se otorgó una amnistía a los inmigrantes indocumentados.

El objetivo principal es el de rastrear el recorrido de los sobrevivientes antes y una vez que ingresaron a Argentina. En qué provincias se instalaron y formaron sus familias. Cómo hicieron para salir adelante en un lugar donde ni siquiera conocían el idioma. La vida de ellos en Buenos Aires difiere en gran medida con la de quienes eligieron el interior del país: provincias como Córdoba, Mendoza y Entre Ríos. Allí no había instituciones que los contuvieran y la mayoría permaneció años sin hablar.

Para lograr el objetivo, la metodología que se utiliza -desde la introducción hasta el último renglón-, más allá de la bibliografía específica, es la de entrevistas personales con los propios protagonistas de las historias. En el caso de los que ya no están, se intenta reconstruir sus relatos junto con sus hijos y nietos, quienes recibieron el legado. De esta forma, y durante varios meses de investigación y puesta en marcha, se entrevistó exclusivamente para este trabajo a las familias Sznajderman, Garfinkel y Engelstain, de Mendoza; Opiel, de Entre Ríos; Wichter, de Buenos Aires; y Wildfeuer, de Córdoba. Asimismo se consultó a especialistas en la temática: como el periodista e investigador Uki Goñi; el investigador de DAIA Adrián Jmelniczky; y la directora del Museo de la Shoá, Graciela Jinich, entre otros.

Cabe destacar que si bien en Buenos Aires los relatos de sobrevivientes han tenido gran difusión, en el interior del país no pasa lo mismo, y para muchos esta fue la oportunidad de narrar sus historias por primera vez.

En cuanto a la categoría en el que se inscribiría este trabajo, es en la de monografía, junto con la modalidad entorno a la didáctica para la enseñanza de la Shoá.

Ilegales. Introducción: La guerra, el Holocausto y la Argentina

“Hasta el momento en que escribo, y no obstante el horror de Hiroshima y Nagasaki, la vergüenza de los Gulag, la inútil y sangrienta campaña de Vietnam, el autogenocidio de Camboya, los desaparecidos en la Argentina, y las guerras atroces y estúpidas a que hemos venido asistiendo, el sistema de campos de concentración nazi continúa siendo un unicum, en cuanto a magnitud y calidad. En ningún otro lugar o tiempo se ha asistido a un fenómeno tan imprevisto y tan complejo: Nunca han sido extinguidas tantas vidas en tan poco tiempo ni con una combinación tan lúcida de ingenio tecnológico, fanatismo y crueldad”, con estas palabras, Primo Levi describe al Holocausto en su obra *Los Hundidos y los salvados*.

La historia se remonta a los años 30 en Europa. Tal vez muchos pudieron tomar real conciencia de lo que pasaba tras la madrugada del jueves 9 al viernes 10 de noviembre de 1938, con la *Kristallnacht* “La noche de los cristales rotos”. Entonces se incendiaron sinagogas y destrozaron comercios judíos en Alemania y Austria. 30 mil judíos fueron arrestados y enviados a los campos de concentración.

El establecimiento de guetos fue una de las primeras medidas tomadas por los nazis en su invasión al Este de Europa. Los primeros se crearon en el '40, y a principios del 42 había centenares en Polonia y Europa Oriental. Eran un paso previo a la política de exterminio, donde muchos murieron de hambre y enfermos, sobre todo de tifus, ya que las condiciones de vida eran infrahumanas. El gueto de Varsovia albergaba a medio millón de personas: el 10% murió de hambre y por las enfermedades durante el primer año, los cuerpos quedaban en las calles, tapados con diarios a la espera de ser trasladados a fosas comunes. (S. Bruchefeld y P. Levine, de esto contareis...)

En Polonia los más importantes eran Treblinka, Belzec, Chelmno, Sobibor, Auschwitz-Birkenau y Majdanec. También había campos en Ucrania, Rumania, Yugoslavia, Francia, y Checoslovaquia, entre otros países. Al final de la guerra, Alemania había establecido y mantenido más de 10 mil campos. En Polonia solamente, un país transformado por los alemanes en un centro de destrucción humana, había 5.800. Auschwitz se empezó a construir en el '40 y creció hasta convertirse en un gigantesco complejo compuesto por 40 campos diferentes. Contaba con 5 cámaras de gas que usaban Zyclon-B. Llegaron a gasear semanalmente 100 mil personas. Allí perdieron la vida más de 1.100.000 judíos.

En el curso de seis años fue aniquilado más de un tercio de la población judía del mundo. A fines de 1939 vivían en Europa 9.500.000 judíos. En 1945 sólo quedaban 3.500.000 sobrevivientes. (Elihu Toker, Ana Weinstein, Seis millones de veces uno)

En Europa, en 1946 no quedaban prácticamente chicos judíos de menos de 6 años, ya que para los nazis un punto central era el exterminio de los niños. Consiguieron eliminar a un millón y medio: Sólo se salvaron 100 mil pequeños en Europa (7%). Como los niños no podían trabajar, eran considerados inútiles: se los mataba no bien bajaban de los trenes en los campos de concentración y exterminio y eran las primeras víctimas de las cacerías y redadas. (Wang Diana, *Los niños escondidos*)

El Premio Nóbel de la Paz (1986) Elie Wiesel, sobreviviente de Auschwitz, asegura que “una memoria que no tomase en cuenta el futuro violaría el legado del pasado”. Para el escritor, el mandato de la memoria luego de Auschwitz se divide en tres partes: primera, no olvidar; segunda, recordar y tercera, hacer recordar.

Argentina y las puertas cerradas

En una primera etapa los nazis forzaron la expulsión de judíos de su territorio; los perseguidos tenían permiso para salir de Alemania, pero no para entrar a otros países. Casi todas las naciones pusieron restricciones a la llegada de refugiados. Incluida

Argentina. La política inmigratoria selectiva quedó claramente implementada en el país a partir de la década del '30 y alcanzó su punto máximo de rigor el 25 de julio de 1938. Entonces comenzó también a prohibirse el descenso de los judíos que llegaban en barco. Por lo menos 476 embarcaciones fueron rechazadas entre 1937 y 1942. Se trataba de pasajeros a los ya se les había negado la entrada en una escala anterior (en Sudamérica por lo general) y esa era la excusa esgrimida para no recibirlos en el país.

La cantidad de pasajeros que traían los barcos era ínfima en relación a la población total argentina, y, además, muchos de esos perseguidos llegaban respaldados por alguna institución benéfica que iba a encargarse de darles trabajo y ayuda, por lo que tampoco iban a transformarse en un problema social. Las autoridades no debían hacer mucho más que dejarlos bajar; apenas un gesto, pero no lo hicieron y los sentenciaron a regresar a Europa, es decir a muerte.

Tantas trabas pusieron los organismos oficiales que a una cantidad de judíos que huían de del nazismo no les quedó otra que alternativa que ingresar a la Argentina de manera ilegal. Las estrategias variaban desde el pago de permisos y la utilización de visas de turistas hasta el cruce clandestino desde los países limítrofes, Paraguay sobre todo. (Romero José Luis, La sociedad argentina ante el auge y caída del III Reich)

Un número estimado de 33 mil y 40 mil refugiados centroeuropeos ingresaron a Argentina entre 1933 y 1945, según cálculos muy variados. El número de inmigrantes judíos ingresados entre 1945 y 1949 asciende alrededor de 4800 personas. (Avni Haim, Argentina y la historia de la inmigración judía).

"Uno de los aspectos más trabajados por los investigadores ha sido la gestión de Santiago Peralta, director de migraciones entre noviembre de 1945 y junio de 1947. Para ellos Peralta representa el paradigma del nacionalismo antisemita y discriminatorio instalado en le DGM. La presencia de asesores confidenciales en temas inmigratorios -de notoria identificación con los regímenes nazi-fascistas - , el ingreso al territorio nacional de conspicuos criminales de guerra y colaboracionistas pertenecientes a los regímenes del Eje y sus aliados, y las pesadas dificultades que estaban presentes para los potenciales inmigrantes judíos de la época, nos orientarían a afirmar que el peronismo en el gobierno tuvo una tendencia política de orientación antijudía", señala el investigador Adrián Jmelniczky, quien se desempeña en la DAIA.

En tanto que recién este año, el 8 de mayo de 2005, el gobierno argentino firmó la derogación de un documento reservado, estrictamente confidencial y profundamente discriminatorio, que se mantuvo oculto por 60 años. Se trata de la circular 11, orden firmada en 1938 por el canciller José María Cantilo y girada a todas las delegaciones argentinas del mundo con el propósito de impedir que los judíos y otros perseguidos por el nazismo ingresaran a la Argentina.

Su derogación fue solicitada durante años por la Fundación Raúl Wallemborg, en base a una investigación del periodista Uki Goñi, quien desarrolla y saca a la luz esta prohibición en su libro La Auténtica Odessa. "A pesar de la existencia de esta orden, la Argentina, durante la guerra, recibió más judíos que cualquier otro país del hemisferio occidental. Esto se debe exactamente, no a una buena voluntad del Estado argentino, sino a la gran corrupción que hubo con el otorgamiento de visados. Con el final de la guerra, pareciera ser que la orden ya no se aplicaba tan estrictamente, pero desafortunadamente seguía en pie la idea de no ingreso de judíos", explica Goñi y agrega: "En el '46 el gobierno del GOU nombra como director de migraciones a Santiago Peralta, un antisemita confeso que escribe los dos libros más antisemitas que se han escrito en la argentina, así los rechazos a judíos se suceden. Incluso después de la dimisión, con el nuevo director Pablo Diana. Él entre sus funcionarios tenía al ex embajador Croata en Berlín y amigo personal de Hitler, Branco Benzón. Este personaje

formaba parte del equipo especial para hacer entrar a criminales nazis al país. El firmaba los legajos si algún judío pedía el ingreso: "J no B", que significaba judío no. Firmado Benzon"

Spielberg en el país

Los testimonios de muchos de los sobrevivientes en Argentina fueron registrados y forman parte del archivo de Steven Spielberg, quien con lo recaudado con el film la Lista de Schindler (1994) creó una fundación (Shoah Visual History Foundation). Ésta recorrió el mundo y grabó las historias de los últimos testigos directos del Holocausto. Ya han inmortalizado más de 53 mil historias, en 57 países y en 32 idiomas distintos. La etapa de catalogación aún continúa y en nuestro país se han tomado cerca de 800 entrevistas.

La mayoría en Buenos Aires

Como gran Capital, Buenos Aires acogió a la mayoría de los sobrevivientes y les brindó asistencia profesional y contención. Se formaron diversas organizaciones dirigidas especialmente a quienes adoptaron el país luego de huir de las garras del nazismo. Una de las primeras fue Sherit Hapleitá (asociación de sobrevivientes de la persecución nazi). Informalmente se empezaron a reunir en 1948 y según sus datos estadísticos, en un momento llegaron a ser mil socios. En la década del '70 pudieron comprar un piso en pleno Once, que es el lugar en el que se juntan. Ahora calculan que quedan unas 280 personas ligadas a la institución, con un promedio de edad superior a los 70 años.

También aparece Generaciones de la Shoá, una asociación que alberga a los sobrevivientes, con la segunda y tercera generación. Su misión es el legado para el futuro. Se frecuentan desde 1997 y comparten vivencias, e historias de vida. Sus integrantes formaron parte del documental "Aquellos Niños", dirigido por Bernardo Konovich. La coordinadora del grupo es la psicóloga Diana Wang.

En tanto que la Fundación Memoria del Holocausto-Museo de la Shoá de Buenos Aires, nació con la idea de no permitir que no se olvide; transmitir, investigar y enseñar la historia de la Shoá a través de su museo. Su tarea consiste en concientizar a la sociedad acerca de las consecuencias del racismo, la discriminación. Desarrolla un amplio programa de actividades culturales y educativas; está abierto a toda la sociedad.

Entrevista a Francisco Wichter, sobreviviente de la Lista de Schindler

"Recién con la película nos animamos a hablar"

Sólo con un vistazo en un buscador de Internet basta para darse cuenta la trascendencia mediática que Francisco Wichter ha tenido en los últimos años. Lo han entrevistado en los principales diarios porteños y lo mencionan, como él mismo se presenta, como el único sobreviviente argentino de la Lista de Schindler. El primer contacto con Francisco fue por teléfono: al explicarle que viajaría de Mendoza para entrevistarle accedió enseguida. La cita era en su departamento, en el corazón de Villa Crespo.

Son las 9 de la mañana del 12 de setiembre de 2005. Francisco baja a abrirme: es un hombre de pelo blanco, estatura baja y pequeños ojos azules. A sus 80 años su memoria se muestra intacta. En el ascensor hablamos del húmedo y frío día, como para entrar en clima. Entramos a su departamento: un gran espacio con una decoración estilo antiguo, que hace recordar las típicas casas de los abuelos, donde se percibe una mezcla de aromas, de recuerdos, algo que las hace diferentes, casi mágicas. Nos sentamos en la mesa del living, frente a un módulo con varias fotos familiares de distintas épocas. "Esta es la única foto de mi madre, antes de la guerra", cuenta y señala otra en la que aparece él, con uniforme a rayas, luego de ser liberado de la fábrica de Oscar Schindler. ¿Quién iba imaginar en aquella época que la fotografía se convertiría en la portada de su libro autobiográfico? En ese momento aparece su mujer, Hinda, también sobreviviente de la Shoá. De aspecto muy sobrio, me da la mano y un tímido beso. La invito para que se sume a la charla con nosotros, pero instantáneamente me responde: "Yo no hablo de eso", y sigue su rutina matutina en las tareas de la casa. "Ella no quiere contar, le cuesta mucho", se disculpa Francisco. En esos primeros minutos ambos se notaban distantes,

pero eso cambiaría en las horas siguientes.

Mientras preparaba el grabador para comenzar la charla, Francisco trae su libro "El undécimo mandamiento" y también varios álbumes de fotos en los que aparece gente con la que compartió su historia. Un lugar destacado ocupa Emily Schindler, con quien estuvo en Argentina y recordó algunas de las situaciones en las que compartieron un mismo techo: la ahora famosa fábrica de municiones, ubicada en Alemania, en el límite con Checoslovaquia. Enseguida comienza con su historia que, a pesar de haberla narrado una y otra vez, sigue recordando con entusiasmo. Eso sí, retoma el relato en la época de posguerra, la de la fábrica, y remite a su libro cuando se le pregunta sobre su infancia. Esta se remonta a Polonia, al pequeño pueblo rural de Maski, donde vivía en una humilde casa alquilada con Faiga, su madre, y Jaim, su papá, que era zapatero. Luego nacerían cinco hermanos más (cuatro mujeres) y se mudarían a Markuszew, a 27 km de Lublin. Cuando los alemanes invadieron Polonia el lugar fue bombardeado y alcanzaron a huir a Palikiie, donde les prestaron una casa en el campo, y pasaron 4 años, hasta que su padre cayera en la manos de los nazis y fuera fusilado: "Ya lo habían condenado a muerte. 'hijo sos el mayor y el hombre de la familia', me dijo mi papá, eso fue lo último que me dijo en la vida. El carro siguió viaje y la silueta de mi padre desapareció para siempre de mi vista, pero no de mi memoria". Dos días después recibieron la orden, al igual que todas las familias judías, de concentrarse en la ciudad de Belzitz, para ser enviados a campos de trabajo y exterminio. Se refugiaron en casa de un tío, donde habían preparado un escondite en el sótano, pero sólo entraban 10 personas. Los mayores eligen "a los más jóvenes, a los que parecen más aptos". Entre esta "lista" estaba Francisco, junto a Hanka, la mayor de sus hermanas y sus primos.

- ¿Ese es el legado que menciona en su libro?

- Sí, nos dijeron que cuando llegara el momento fatídico bajáramos, y que quien sobreviviera que cuente la historia, lo que pasó con nosotros, lo que le pasó a los judíos. Así fue, a la mañana siguiente, todavía estaba oscuro, escuchamos gritos y camiones, motores y fusilería, tiros. Bajamos de golpe.

Cuando salieron del refugio bajo tierra supieron que los nazis habían reunido a todos en la plaza: unos 300 jóvenes fueron trasladados a un campo de trabajos forzados. "Y el resto, donde estaban mi madre, mis otras hermanas y mi hermanito, fue cargado en camiones y llevado a la próxima estación ferroviaria. De ahí, en trenes de carga a las cámaras de gas, tal vez a Treblinka. No sé donde murió el resto de los míos". Luego de ambular sin rumbo caería en el campo de trabajo de Budzin. El lugar no difería de otros por la deplorable higiene, pero al menos el que trabajaba podía sobrevivir. Fue asignado a la limpieza de las duchas. En su trayectoria seguía Mielez; donde fue designado al taller de zapatos. En ese campo tuvo que soportar la plaga de piojos, pulgas y chinches. Y de ahí conserva una triste impronta: "Nos tatuaron en la muñeca derecha las iniciales KL (Konzentration Lager). Desde entonces tengo la marca, sello imborrable del horror. Vivo con ella, no la elegí". La próxima estación, las minas de sal en Wieliczka y de ahí a Plaszov, en los suburbios de Cracovia. "Plaszov estaba construido sobre un cementerio judío, el trabajo que nos tocó hacer allí fue atroz. Los nazis habían ordenado desenterrar y quemar los restos de todas las víctimas para borrar sus huellas. Hacían hogueras y quemaban gente. Eso me tocó, era un trabajo tétrico. Había un oficial que daba órdenes". Con tablas -que usaban como camillas- trasladaban los cuerpos y "antes que entrara el otro turno los quemaban".

- ¿Fue uno de los momentos más difíciles que le tocó pasar?

- Dos días tuve fiebre y no pude dormir porque la impresión fue terrible. Nos obligaban a comer ahí mismo, entre los muertos. Y los detalles nunca los menciono, son terribles y a la gente le afecta, a mi mismo me pueden afectar porque no tengo palabras para

describirlos. Ahí escuchamos por primera vez mencionar a un tal Oscar Schindler. Estaban haciendo una lista para ir a una fábrica en país Checo.

- ¿Cómo los eligieron?

- Había un personaje judío (Goldberg) que colaboró en el gueto con los nazis y en el campo de concentración, estuvo en la Lista y sobrevivió. Cambió gente de la Lista por otros que tenían dinero fuera del campo y compraron su lugar. Llegó a Argentina con una fortuna. Cuando falleció lo enterraron en La Tablada (junto a los sobrevivientes del Holocausto y a un monumento a los 6 millones de judíos). Estaba enterrado allá porque la AMIA no sabía de su pasado y nosotros tampoco. Un día lo reconoció un sobreviviente e hicimos un escándalo hasta que lo sacaron.

- ¿Cómo fue la travesía hasta llegar a la fábrica?

- Nos llevaron al tren, éramos mil hombres. Porque 200 mujeres también estaban destinadas, pero no podían estar con nosotros. Nos llevaron a Gros-Rosen un campo de concentración y exterminio, que tenía 40 sucursales; una era la de la fábrica, en Brännlitz. De vez en cuando venían los kapos, nos insultaban, pero no nos pegaban ¿Porqué? Porque ahí trascendió que éramos judíos de Oscar Schindler. Al día siguiente nos daban un pedacito de pan y un poco de café. Nos formaron en 4 filas y teníamos 2 minutos para hacer las necesidades en una zanja grande.

- ¿Y no sabían que los iban a trasladar?

- No supimos, porque no nos anunciaron nada. Pasó la tarde, dos días y medio en este suplicio. De todos los lugares atroces que conocí, este campo fue el peor. Era inmenso y tenía un horno crematorio que trabajaba día y noche. Nadie aguantaba mucho, la desnutrición era tremenda y la labor inhumana. Llegamos medios muertos a la tarde a formar y al tren; no nos dijeron dónde nos llevaban y esto no está en la película (de Spielberg). Es difícil hacer una película para el público, hay muchos detalles que no eran así: la vestimenta, la fábrica, las municiones no eran las que mostraron. Tampoco los niños, nadie los podía despedir, era terrible. Pero no es un documental; mi libro sí es un documental.

- ¿Cuál fue su impresión cuando llegaron a la fábrica?

- Era otoño del '44. Nosotros entramos en la lista porque estábamos capacitados y eso sirve para hacer las municiones. Llegamos a la tardecita. Nos mostraron el lugar de los dormitorios, nos dimos cuenta que había colchones, aunque sea de paja, limpios y con frazadas (un lujo para entonces, cocina, comedores y baños con duchas. Nos podíamos bañar una vez por semana y después nos subían a una balanza. Se hizo de noche y tuvimos una cena tan diferente: era de buena calidad, la sopa no era agua solamente, después nos entregaban el pan para el día siguiente. Entonces todo salía de su bolsillo (de Schindler) porque la fábrica no estaba instalada, después de dos meses llegaron las mujeres: éramos 1.200. Él trabajaba antes de la guerra en espionaje y contraespionaje en Checoslovaquia. Dijo que si hubiera sabido desde un principio habría hecho una lista de 1500. Es un dicho, pero él hizo mucho para que esto suceda.

- ¿Cómo era el trabajo, cómo pasaban los días?

- Había demasiada gente para tener ocupación, las mujeres nunca salían a trabajar. En la fábrica se hacían cápsulas de acero para balas antitanques. Yo tuve que formar un grupo de 12 personas desocupadas para llevar la carga de carbón y limpiar el campo.

- Es cierto que algunos hacían sabotaje para que las municiones no les sirvieran a los nazis

- No, no. Dicen que un cargamento volvió porque era material no correcto. Creo si hubiera sido así nos fusilan a todos y a él también, eso era sabotaje. No llegó porque ya no había trenes.

- ¿Cómo se acercaba el final en la fábrica?

- Los primeros días de mayo algo trascendió. Un día llegó un telegrama a la oficina. Era una orden del primero de mayo para liquidar el campo. Esta debía llegar al oficial de la SS que tenía el mando en el campo y la fábrica. Schindler no la entregó. Lo llamó y lo invitó a su casa, a su departamento, fuera del campo. Como tenía vodka, licores y comida empezó a servirle hasta que estaba medio borracho. Lo ablandó con lo del telegrama, y al final lo convenció. El 4 de mayo se cambió de ropa de civil, se fue y dejó el campo. Ya el 8 de mayo a la mañana nadie trabajó. Los electricistas judíos estaban colocando altoparlantes. Schindler nos convocó. Subió a una especie de tarima en alemán y explicó que ojalá hubiera tenido más gente en su lista, que sobrevivimos y no había que bajar los brazos y que no saliéramos afuera a tomar venganza, porque esta gente, mujeres y los niños, no hacían daño a nadie. También nos agradeció todo lo que hicimos y se fue. Como había un grupo de sobrevivientes que eran ex soldados del ejército polaco ellos subieron a las torres. Pasó la noche y al día siguiente vinieron los rusos. Antes, a la tarde, el que quería firmaba en un papel con nombre y apellido, en agradecimiento a Schindler por lo que hizo, por salvarnos. Casi todos firmamos.

- ¿Cuándo se abrieron las puertas?

- Salimos a la tarde del 9, con miedo, dónde vamos a ir, a quienes vamos a buscar si no queda nadie, qué hacemos. Vimos soldados rusos que nos engancharon para trabajar 4 días.

Su camino seguiría en Cracovia. Les aconsejaron ir a Italia porque era la ruta más cerca a Palestina. En Rumania recibió ayuda de la Joint, y se pudo quitar el traje de prisionero. Pasó por Austria y obtuvo papeles como desplazado. Y entre rebusques para no pasar hambre, los trasladaron a un campo de refugiados en Bologna, Italia, y después a Roma. En 1946 conoce a Hinda, quien sería su mujer.

- ¿Ya tenía alguna noticia sobre Argentina?

- La noticia era antes de la guerra, sabía de memoria la dirección de mi tía. Mandamos cartas y al final mandó documentación, con garantía de trabajo de una fábrica. Como yo iba al consulado con esto tenía que llenar una solicitud. Figuraba la religión. Me rechazaron dos veces. El gobierno paraguayo en forma encubierta vendía por 100 dólares una llamada legal, y era el único modo. Con esto fuimos los dos a Génova y nos dieron las visas. En un barco de mala muerte fuimos a Río de Janeiro y nos recibió el Joint. Pagó los pasajes en avión para llegar a Uruguayana.

- ¿Cómo entraron a Argentina?

- Desde el 38 estaba vigente una circular: las embajadas en Europa debían negar las visas de entrada a Argentina. Pero hasta entonces la gran mayoría entramos en forma ilegal. Únicamente algunos que se avivaron, en vez de poner religión judía en los formularios pusieron católica. Los nazis sí llegaron acá y los recibieron con la puerta abierta. Nosotros vinimos con visa paraguaya. En un colectivo cruzamos el puente de Paso de los Libres. Mi tía ya tenía pasajes para abordar el tren. Allí subió el control de migraciones, buscando documentación y mirando la cara a cada uno. No buscaban a los paraguayos y bolivianos sino a los sobrevivientes. Cuando ya estaban cerca de nosotros -en el tren- nos corrimos al otro vagón, despacio, sin miedo. Primero yo, después mi esposa, mi tía, como para ir al baño. Justo llegamos a la estación, ahí bajamos y nos tomamos un taxi.

- ¿Cómo fue el recibimiento?

- Fue un poco raro, porque no estaban preparados. Lo más triste fue que tuvimos problemas con nuestros familiares y con la colectividad, que no nos tomó en cuenta. No se hablaba del tema, no querían escuchar, no preguntaban qué pasó. Cuando uno sin querer quería recordar algo. "ya empezás", nos decían. Tuvimos obligados a callarnos. Era una molestia para ellos. Hasta llegar al año 1993, con la trascendencia de Spielberg

con la Lista de Schindler.

-¿Eso los ayudó a poder contar su historia?

- Yo estuve en la Lista, y si no fuera por la película... Se enteraron millones de personas. Ahí recién pudimos hablar. Fue el principio para contar, era de suma importancia, porque hablando uno se alivia, alivia el corazón. Antes no había psiquiatras y nadie se presentó para hablar con nosotros. Esto nos alivió mucho. Yo la vi (la película) la primera vez, cuando se anunció. También estuve con Emily y la acompañé a muchas partes, como cuando presentó su libro. Cuando los periodistas le hacían preguntas me señalaba: "éste sabe más que yo". Y la verdad sabía yo más que ella.

- Y después tomó coraje para recordar con detalle y escribir su libro

- Todo fue escrito por mí. No grabé nada, ni conté a otro para que me lo haga. Me llevó bastante tiempo, por eso lo hice con todo lo que debía ser. Me decidí a escribir un pequeño capítulo, sobre la Lista, corto. Y después me animé y poco a poco empecé a retroceder. Tenía la necesidad de escribir, me llevó cerca de 10 meses. Cuando tenía todo fui a un editor que es historiador. No son estas historias impactantes, con tanta trascendencia, como está de moda hoy; es un legado de la historia a lo mejor ahora no lo buscan pero más adelante...

En Buenos Aires Francisco e Hinda tuvieron dos hijos y cinco nietos, formaron una familia. Actualmente él tiene una activa participación en Sherit Hapleitá (Asociación de sobrevivientes de la persecución nazi), la cual desde 1948 reúne a un gran grupo que comparte actos y fechas especiales y tienen como meta dar testimonio y dejar un legado para el futuro.

La comunidad en Córdoba

Como en todo el interior del país es difícil rastrear en Córdoba a los sobrevivientes y sus familias, ya que a pesar de ser una gran ciudad, no existió una institución dedicada exclusivamente a este tema, que los contuviese, como en Buenos Aires.

Sin embargo se pudo determinar que Edgar Wildfeuer, quien estuvo en Auschwitz, vive en la ciudad con su mujer Sonia Schulman, también sobreviviente. Desde hace tiempo son requeridos por los medios de comunicación y se han convertido en referentes en la provincia. Por Córdoba también pasó Leo "Hertz" Rutman, quien hace poco se instaló en Buenos Aires, y prefiere no traer a la memoria su dolorosa vivencia.

En tanto que otros ya fallecieron, pero dejaron el legado y están sus hijos, quienes tienen presentes las historias: Clara y Gabriel Wajner recuerdan lo vivido por su madre, Dora. Como así también Beatriz Hepner (hija de Guta) y Judit Tempel (hija de Simón y Aranka).

Historia de Edgar Wildfeuer, un sobreviviente en Córdoba

"A Auschwitz se entraba por un desvío y se salía por la chimenea"

La primera vez que supe de Edgar Wildfeuer fue en 1994, cuando con 17 años participé de un seminario para jóvenes sobre "Shoá y Heroísmo". Puntualmente fue el 18 de julio, una fecha trágica para la comunidad judía, para la sociedad argentina entera y en especial para los sobrevivientes de la Shoá, que de alguna forma con la tragedia de la AMIA revivían el fantasma de la discriminación y el terror. Allí muchos tuvieron el primer contacto directo con un sobreviviente. Este señor, de pelo blanco, ojos azules, gran porte y un rostro que evidenciaba una ajetreada existencia, contaba parte de su historia y presentaba su libro recién editado "Auschwitz 174.189". Más de 10 años después, y al rastrear los testigos directos del Holocausto que llegaron a Córdoba, me percaté de que aquel hombre que se había sentado ante una multitud de jóvenes para -una vez más- transmitir su legado, era el mismo, sólo que ahora había cumplido 82 años.

Hablamos varias veces por teléfono. Me contó que pasaba los fines de semana en Villa Carlos Paz con su familia (tiene 3 hijos y 11 nietos) y con amigos, por lo que el encuentro se hacía complicado. En Buenos Aires conocí a su hija Dori, quien me prestó uno de sus tesoros: una edición del libro de su padre, con dedicatoria: "A mi querida hija Dori". Así empecé a desentrañar la cruda vida de esta familia formada por dos víctimas del nazismo: es que tras el fin de la guerra, en un campo de refugiados Edgar conoció a Sonia Schulman, con quien está casado hace 52 años. De esta manera, un poco con documentación de los medios, su extenso y detallado libro y charlas con él y su hija, pude aproximarme a la historia. Aunque aún hay una cita pendiente... Edgar recuerda los momentos de felicidad de su infancia en Polonia, en la localidad de Podhuba. Por el trabajo de su padre en el ferrocarril las mudanzas eran frecuentes antes de la guerra.

La guerra. Con el estallido del conflicto su vida cambiaría para siempre: persecuciones a judíos, muertes y escondites en sótanos ya formaban parte de la nueva escena. La "solución final" estaba decidida y varios parientes ya habían sido deportados a guetos,

campos de exterminio o fusilados. Con su padre, que era ingeniero, consiguieron trabajo en obras, por lo que se iban durante el día. "Y llegó finalmente el nefasto 13 de agosto de 1942. Salimos como siempre de casa. Alrededor de las once llegó mi padre a mi lugar de trabajo. Lloraba. Le habían llegado las terribles noticias de Podhuba. Los SS habían matado a mi madre y a mis tíos". Y cuando aún ni siquiera había podido reponerse de la pérdida, otra novedad lo desgarraría: "Me alertaban de que algo malo había sucedido. Corrí a la casa donde me esperaba comúnmente mi padre para almorzar. Ví su cuerpo tendido, sin vida, con dos balazos en la cabeza. Quedé paralizado. Lo besé, lo traté de mover. Al fin me di cuenta lo que había sucedido. Toda la familia estaba muerta. Mis padres, mis tíos, todos". Comenzaba un interminable peregrinaje con el ingreso al campo de trabajo de Rabka, donde de golpe tuvo que adaptarse a las nuevas reglas de subsistencia y literalmente "convivir con la muerte". Le ordenaron preparar la horca para 10 compañeros y enterrarlos en una fosa común. "Al volver al campamento vomité, tuve fiebre, deliraba. Estaba conmocionado ante esos sucesos, que me enfrentaban de golpe con la barbarie nazi", resalta.

En su camino seguirían los guetos de Cracovia y el campo de Plaszow (en 1943), este último ubicado sobre un cementerio judío. "Allí empezó el período más terrible de mi existencia. Muchos años después seguía teniendo pesadillas". A una de las atrocidades que se refiere es a la eliminación del gueto de la plaza Concordia, donde fusilaron a 400 personas; muchos niños. "Nos hicieron cavar por la mañana una fosa de unos 50 m de largo, 5 de ancho y 5 de profundidad. Empezaron a llegar carretas cargadas de cadáveres cubiertos con una lona. Iban chorreando sangre a la vista de todos". Su próximo destino era la fábrica de cajones Kustentabrik: "Trabajando en una fábrica las cosas cambiaban, eran ambientes cerrados y no se nos podía reemplazar fácilmente". Pero lo peor se avecinaba. Un día juntaron a todos los trabajadores, los encerraron y más tarde los trasladaron a dos vagones de carga. "Pasamos a la madrugada por Wadowice -ciudad natal del papa Juan Pablo II- y así nos dimos cuenta de nuestro destino: íbamos a Auschwitz". "Es difícil describir lo que era ese campo de concentración, se entraba por un desvío ferroviario propio y se salía únicamente por la chimenea del crematorio, transformándose la grasa humana en jabón y en cenizas para mejorar los caminos del campo".

-¿Cuál es el primer recuerdo cuando piensa en Auschwitz?

-Son muchos, pero recuerdo dos alambres electrificados, que estaban distantes un metro uno del otro, para que nadie pudiera escapar. Ese alambre también estaba para los que no podían aguantar y se suicidaban. Eso se veía todos los días. Otra cosa que no puedo olvidar es la puerta de entrada a Auschwitz que decía "Arbeit macht Frei" (El trabajo hace libre). Todos supimos que el trabajo no hizo libre a nadie.

Dentro de esa gigantesca industria de la muerte Edgar reconoce que tuvo "suerte" ya que su grupo fue convocado como obreros especializados. "Vinieron unos especialistas para tatuar en nuestros brazos los números de presos, que en adelante reemplazarían nuestros apellidos y nombres. El tatuaje se hacía con una especie de lapicera con punta que penetraba debajo de la piel. A mi me tocó el 174.189, número que todavía sigue imborrable en mi brazo". Explica que se enteraron que habían llegado a Auschwitz en una "época de paraíso" a comparación de lo que pasaba en el '43. Finalmente lo asignaron a un bloque en el que funcionaba una fábrica de elementos de madera para fines bélicos. "En esos tiempos llegaban al campamento transporte de judíos holandeses. Provenían directamente de sus domicilios. Era gente de clase media alta, profesionales o comerciantes. Fueron perseguidos y humillados por los alemanes. La mayor parte terminaba en las cámaras de gas de Birkenau. Daba lástima ver cómo esa gente se consumía en pocas semanas, terminaba enferma, suicidándose o muriendo".

La extracción de una muela y un desmayo posterior le valieron una estadía en el hospital del campo, donde descubrió otra cara del horror: "Al lado había otro hospital, rodeado por un alto muro donde se realizaban los famosos experimentos médicos, utilizando a los presos como cobayos. Las investigaciones realizadas por los médicos de la SS se centraban generalmente en la esterilización masiva y rápida. Para ello hacían ensayos tanto con mujeres como con hombres, con diversos métodos. Con pruebas de comportamiento sexual masculino, eliminando uno o dos testículos. A las mujeres les sacaban moldes de la matriz, experimentando con óvulos. El otro aspecto se refería a la resistencia al frío. Los pocos que sobrevivieron quedaron inválidos"

"En el mes de agosto (1944) se llegaba a gasear y quemar a unas 4mil personas diarias. No alcanzaban los 7 crematorios para cumplir con la tarea, se cavaron enormes zanjas en Birkenau, donde se quemaron los cadáveres gaseados. El aire del campo se volvió irrespirable por el humo y el olor a carne humana quemada, a pesar de que Birkenau estaba 10km de nosotros". A principios de diciembre los alemanes empezaron a dismantelar las cámaras y los crematorios, a tapar las fosas donde se quemaba la gente, con el fin de no dejar rastro de su barbarie. Pero no pudieron terminar esa tarea. El 12 de enero de 1945 comenzaba la evacuación, eran 100 mil personas, o lo que quedaba de ellas. "Ni nos imaginábamos que dejábamos un paraíso, en comparación a lo que nos esperaba en esos 120 días que faltaban para que terminara la guerra, cosa que por supuesto no sabíamos. Más del 80% que salía de Auschwitz no llegó a ese momento".

-¿Y por qué cree que pudo sobrevivir a Auschwitz?

-Es muy difícil saberlo. Auschwitz era un mundo aparte. Cuando uno llegaba le quitaban toda la ropa, le tatuaban un número en el brazo y se encontraba con un mundo fuera de lo común. Después todo lo demás dependía de la suerte. No era cuestión de fortaleza, sino más una cuestión de suerte. Tenía amigos que eran como robles, fuertes y, sin embargo, perecieron como nada.

Al evacuar el campo, los prisioneros eran parte de una de las marchas de la muerte, que Edgar pudo soportar mejor al haber conseguido calzado y ropa de abrigo. Después de días de penurias por las heladas rutas, alcanzaron la estación ferroviaria de Rybnik. Iban al campo austriaco de Mauthausen, Melk y por último Ebensee, donde vencido por el frío y la hambruna estuvo a punto de dejarse vencer. Pero otra vez la "suerte" lo acompañó.

Fin de la guerra. "El 6 de mayo, día de mi cumpleaños, llegó la libertad. Entró un tanque americano con unos soldados negros que tomaron prisioneros a los guardianes". En ese entonces los detenidos se morían de hambre y los soldados repartieron un guiso (goulash) elaborado con mucho picante y grasa. "Esa noche fue terrible. La comida servida a los estómagos acostumbrados al octavo de pan y al agua con cáscara de papa, hizo que éstos reventaran. La gente corría con una enorme diarrea a las letrinas, y muchos quedaron allí con retorcijones. Algunos cayeron al pozo. Era horroroso; esa noche murieron 600 presos, de los 10 mil". Al otro día llegó la ayuda de los rusos y el 8 de mayo tuvieron noticias del fin de la guerra. La Cruz Roja confeccionó listas con los nombres de sobrevivientes y obtuvieron documentos provisionales. Como sucedió en la mayoría de los casos, aquellos que intentaron regresar a sus antiguas viviendas fueron atacados por polacos que ya las habían ocupado; a muchos los asesinaron, sólo por tratar de regresar a sus hogares. La mayoría había perdido a sus padres, hermanos; estaban solos. Y como si el sufrimiento no hubiese sido suficiente, las fronteras seguían cerradas para los judíos. Apareció la opción de entrar ilegalmente a lo que era Palestina y años después se convertiría en el Estado de Israel.

Edgar pasó por el campamento de refugiados en Austria, Alemania e Italia, ayudado por la Joint. Otro destino sería Santa María Di Leuda (en el sureste de Italia).

Allí conoció a Sonia: "Puse mis ojos sobre ella, y a pesar de todos los obstáculos que tuve que sortear no los bajé hasta que nos casamos". Sonia tampoco la había pasado nada bien, incluso había sido destinada a la cámara de gas, pero se salvó a último momento. Pasó por Dachau y hasta sobrevivió a una marcha de la muerte. La diferencia es que ella pudo recuperar a sus padres y a parte de sus hermanos. En el campo italiano los esfuerzos para ir a Palestina eran inútiles y los ingleses interceptaban a quienes intentaban como ilegales. Así la mayoría optó por buscar parientes en otros países. A principios del 47 "la feliz estadía en Leuda tocó su fin". Pasaron a depender de la IRO (Organización Internacional de los Refugiados) y los llevaron a un campamento abandonado del ejército.

Mientras él hacía el bachillerato en Roma, la familia de Sonia conseguía el contacto con una familiar en Argentina. Los Shculman entraron a Argentina por Paraguay, como ilegales y se establecieron en Córdoba. Tras una seguidilla de cartas invitarían a Edgar. "No había ninguna posibilidad de conseguir entrada legal a Argentina, el único camino era ir a Paraguay, donde la IRO junto con el Joint conseguían los papeles, se supone que sobornando a las autoridades consulares. Así iba a conseguir un pasaporte de la Cruz Roja Internacional, con tránsito por Buenos Aires, para llegar a Asunción". Tras varias semanas de papeleo tomó el buque SS Protea, donde iban otros 2 mil emigrantes. "Atracamos en el puerto de Buenos Aires, no lejos del llamado hotel de los inmigrantes (tenía 24 años)" Otra complicación con los documentos lo haría quedar detenido varias horas hasta que lo autorizaron a salir, pero para su sorpresa nadie lo esperaba. En la sociedad Soprotimis, que se ocupaba de los inmigrantes, se enteró que desde el 31 de octubre (1949) todos los inmigrantes podían legalizar su situación, en teoría. Días después se produciría el ansiado encuentro con Sonia. Hasta que un día la Policía Federal fue a buscarlo porque había vencido su plazo de regularización. Recién en el '51 y con varias "amistades" consiguió los papeles. Se casó con Sonia en el '52 y terminó la carrera de ingeniería, y nacieron sus hijos: en el '54, Mauricio Enrique; en el '58, Dori y en el '63, Anita. Hasta allí narra su historia en el libro, ya que entiende que lo que sigue es la vida de un hombre común. "Yo, Edgar Wildfeuer soy un sobreviviente del infierno nazi. Uno de los pocos que quedaron con vida para poder contarlo".

4 hermanos en Entre Ríos

Esta es una provincia que fue cuna de la primera inmigración judía, con sus colonias agrarias. En 1930 dos aventureros (Jaime y Manuel Opper) se instalan en Concordia y se desempeñan en el comercio, en el ramo de la peletería. Ambos dejaron a su familia. Cuando estalló la guerra ya nada podían hacer por ellos, hasta que pasado el conflicto se enteraron de los 6 millones de judíos asesinados y que dos de sus hermanos (Víctor y José) se habían salvado. Como en aquel entonces estaba prohibido el ingreso de refugiados consiguieron papeles ilegales vía Paraguay y luego parte de la familia se volvería a reunir. Además de los Opper, que desarrollaron una activa vida comunitaria en esa provincia, se sabe que hubo otras familias de sobrevivientes, entre ellas la de los Treidel. En un primer momento Entre Ríos no fue ajena a la discriminación, y por ejemplo, muchos clubes prohibían la asociación de judíos.

Historia de Víctor Opper, un sobreviviente en Entre Ríos

"Al escapar de la muerte anidó en mí la idea de formar una familia"

Pioeni era un pequeñísimo pueblo perdido entre los Cárpatos, en Transilvania (Rumania). No tenía más de mil habitantes. En mi infancia no existía ni una panadería, ni luz eléctrica, ni teléfonos, ni fuerza policial. Era -es- una tierra dura, con inviernos largos y crueles", así empieza a narrar su biografía Víctor Opper o Vigder Marcus Appel su verdadero nombre; ni si quiera eso pudo conservar tras renacer de la oscuridad de los campos de exterminio y enfrentar, junto a su hermano José, Auschwitz. Este es el inicio de su libro, que terminaba de narrar un día antes de su muerte en Entre Ríos, la provincia que lo adoptó. La familia de Víctor procuró que la obra se concretara y recopiló la información que faltaba. Su hijo Zalmi cuenta que la idea del libro estaba hace bastante tiempo, pero como "el protagonista" gozaba de un perfecto estado de salud siempre lo posponía. Todos los videos en los que narraba su vida -como el testimonio que dio para Shoa Foundation de Spielberg- estaban guardados, igual que los textos de las conferencias que brindó. La historia concluye con la crónica del regreso a Pioeni, su pueblo natal, lo cual Víctor concretó con su esposa, hijos y nietos en 2003. "El pueblo es muy pobre y chico, tiene 400 habitantes, no hay hoteles. Fuimos donde era su casa y la de sus tíos. Antes de la guerra de las 400 familias, 300 eran judías, ahora no queda ninguna", detalla Zalmi, en una entrevista en su consultorio en Buenos Aires, mientras en su palm muestra una foto digital de la familia en Pioeni. "Creo que el viaje fue positivo para todos nosotros pero no para él, en el sentido de su estado de ánimo. Aunque también fuimos a Auschwitz, no sé si el campo le afectó tanto como ver la casa donde vivía cuando tenía 14 años", confiesa.

Y es en esa casa, en ese pueblo donde arranca su relato, el relato de lo que fue de sus padres y sus siete hermanos (Manuel, Zalmi, Meyer, Jaime, Sara Rebecca, Jaia Raquel y José), en un tiempo de una pobreza tal, que en lugar de zapatos usaban trozos de caucho en los pies. Manuel y Jaime en 1930 se lanzaron a la aventura de emigrar a la Argentina en busca de un futuro más alentador. A pesar de las vicisitudes eran tiempos felices para Víctor, quien se describe físicamente: "Era muy grande, de anchas espaldas, con manos

grandes y bien plantado sobre mis piernas; era respetado". De sus padres conservaba una fotografía: "Papá tiene una gran barba, un traje oscuro y un sombrero. Mamá también viste por completo de negro, y tiene un pañuelo cubriéndole la cabeza". Entre otras cosas de esa época recuerda cuando iba a clases y a algunos compañeros como Eli Wiesel, quien obtuvo el Premio Nobel de la Paz en 1986.

"El aire comenzaba a viciarse en ese año '42. En realidad, estaba contaminado desde mucho tiempo atrás, pero no lo sabíamos", destaca y recuerda los ataques que sufrían en el pueblo los judíos por parte de sus vecinos durante Semana Santa. "La noche de Pesach de 1944, estuvimos juntos y despreocupados por última vez. Esa noche los soldados húngaros irrumpieron en el pueblo, y dieron la orden de que todos los judíos se reunieran en la sinagoga con sus pertenencias. Y allá fuimos, ignorantes de nuestro destino. Nos abrazábamos en medio de los gritos y de las órdenes impartidas con desprecio. Así permanecimos tres días. Y así llegó la mañana, y con ella un tren", donde los obligaron a subir. Todo fue desconcierto, y la familia intentaba no separarse: "Papá, mamá y yo nos agarrábamos los unos a los otros de donde podíamos para no extraviarnos, de las manos, de los codos, de los pantalones y hasta del cabello". Los llevaron al gueto de Dragomereshte: "Las calles estaban sucias e inundadas de aguas servidas y orines. Hombres, mujeres y viejos escuálidos se apoyaban en paredes descascaradas". "El ghetto fue nada más que el preámbulo de lo que nos aguardaba".

A paso lento se aproximaba una pesadilla, que ni la mente más cruel imaginaba. Una noche, un tren se detuvo en la estación, eran vagones de ganado. Esta vez la familia no pudo permanecer unida: "Nos tocó el turno a José y a mí, de subirnos al tren. Meyer, mamá y Rebecca quedaron abajo, mientras no podía ubicar a papá ni a mi cuñada. Cerraron las puertas corredizas y en el interior se hizo una oscuridad total". "Creo que alguien se desmayó (o quizás murió) en mi hombro. El hedor era insoportable, pues la gente se aliviaba como podía, y chapoteábamos en una ciénaga de excrementos, orina y vómitos. Los niños lloraban a gritos, de hambre, de calor o simplemente de miedo, y las madres cantaban para tratar de calmarlos". Al fin abrieron las puertas: él y José corroboraron que muchos habían muerto. Era de noche y la luz de los reflectores los encandilaba. A medida que los demás vagones eran abiertos ubicó al resto de la familia. "Aquel lugar no se parecía en nada al gueto. No había surcos, ni herramientas, y el paisaje era una seguidilla de cercas de alambre de púas. Ese lugar era Auschwitz". Lo próximo que describe es la selección por parte de un temible SS, que luego se enteraría que se trataba de Joseph Mengele. Él ordenaba izquierda o derecha. A sus padres les tocó la izquierda. "Papá, mamá, Rebecca, mi cuñada y mis sobrinos lloraban y estiraban las manos hacia mí. Esa es la última imagen que guardo de ellos. Ahí fuimos separados definitivamente".

Lo llevaron a un galpón donde los raparon por los piojos. Estaba junto a sus hermanos José y Meyer, también con sus primos José y Zalmi. "Las chimeneas continuamente emitían su humareda, y con el tiempo uno se habituaba al olor dulzón. Uno de ellos (de los SS), en un alarde de crueldad, nos indicó con una mueca enferma que simulaba ser una sonrisa: '¿Ven ese humo? ¿Saben qué se está quemando en los hornos? Son sus padres y hermanas'. El sol se desplomó para mí. No recuerdo si logré llorar". Entre muchas otras humillaciones menciona las letrinas colectivas y la comida que consistía en una sopa que sabía a agua sucia. "El deterioro no se hizo esperar, lento pero ineludible. Primero eran las ojeras, y los pómulos que se afilaban. Después las clavículas sobresalían y los nudillos se abultaban en las manos", tras la liberación corroboraría en la balanza todos esos síntomas: pesaba 38 kilos. Entonces los piojos los devoraban y con la llegada del verano los prisioneros "morían a montones por la deshidratación y la diarrea". José fue el sostén de los tres hermanos, contrabandeaba o

sobornaba a los kapos, adquiriendo pequeñas concesiones.

Corría 1944, los nazis explotaron al máximo su maquinaria genocida, y los hornos resultaban insuficientes. Los ciclos se aceleraban por la irrupción de los rusos: "Nos tocó partir, como los mismos nazis, replegándonos hacia Alemania". Fueron destinados a Buchenwald. Luego pasaron por Dora-Mittelbau y por Harzunk, un campo de trabajos forzados. Allí pensó que llegaba su hora cuando dos kapos lo golpearon hasta cansarse con una "barra doble T": "Todo mi cuerpo es un solo ardor, una sola herida punzante. Uno me orina en la boca", recuerda de una situación de la que milagrosamente pudo recuperarse. En el itinerario seguía el campo de Erlitz, donde en enero de 1945 escucharon de la "inevitable derrota de Hitler". Pero ya su hermano Meyer estaba casi en las últimas, muy débil: lo trasladaron a Bergen-Belsen, con otros prisioneros en sus mismas condiciones. "Sencillamente, se los encerró en un barracón tapiado, sin alimentos ni agua hasta morir de inanición. La semana siguiente partimos del campo, no sabíamos que rumbo a la libertad. De haber aguantado siete días, otra hubiese sido quizás la historia de Meyer Appel, aquel hombre de sólo 25 años". "En su prisa por evacuar el campo los nazis nos obligaron a viajar a pie. Empezamos nuestro lento, infernal recorrido sobre una nieve que por tramos nos llegaba hasta las rodillas. Fueron expeditivos con aquellos que no podían caminar: les pegaron un balazo". Esa era una de las marchas de la muerte. En un momento se percataron de que los guardias habían desaparecido. Pronto llegaron los americanos, el 8 de mayo. "Con las pocas fuerzas que nos restaban, saltamos, nos abrazamos y lloramos". Les entregaron la totalidad de los víveres que llevaban encima, como chocolates, latas de sopa y de carne. "Devoramos todo, y muchos no pudieron resistir el atracón", murieron literalmente reventados de comida. Llegaron a la ciudad de Schwerin con los americanos, luego los llevaron a Lübeck. Allí le aconsejaron que evitara volver a Poieni, ya que en un pueblo cercano los vecinos habían masacrado a sobrevivientes que querían retornar a sus casas. Al enterarse que su hermano José estaba vivo fue a buscarlo a un hospital de Hamburgo: "Ninguno de los dos pronunció palabra. Ya no pude frenar el llanto, y nos fundimos en un abrazo del que no nos despegamos hasta ahora". Otra vez juntos y más inseparables que nunca consiguieron pasaportes y viajaron a Suecia.

La idea de Argentina. En el '46 se contactaron con la embajada Argentina (donde vivían sus dos hermanos mayores) en Estocolmo. "Antes de informarnos nada, nos preguntaron la religión. Contestamos y se excusaron diciendo que el cupo de inmigrantes judíos ya estaba cubierto. Al comentar esto a otros sobrevivientes, nos miraron espantados. Lamentablemente tenían razón. Argentina había acogido con los brazos abiertos a cientos de ex SS. Pero no sería peor que Europa. Les hicimos saber a mis hermanos la novedad, y entonces empezaron las gestiones para entrar a la Argentina vía Uruguay. A ellos sólo los conocía por fotos. No guardaba memoria de haberlos tratado, porque era muy pequeño cuando emigraron".

El 10 de abril de 1947 zarparon en el barco de bandera sueca "Perú" y el 5 de mayo llegaron al puerto de Buenos Aires. Allí esperaban Jaime y Manuel. "Al distinguirlos desde la cubierta, me arrojé al agua y alcancé la orilla a nado. Esto me valió una detención, aunque aún no cometiendo tal infracción mi suerte hubiese sido la misma. El mismo director de Migraciones, Santiago Peralta, estampó en nuestros pasaportes un sello en rojo, una "J" con una aclaración de puño y letra que rezaba: 'Negado el ingreso al país por ser judío'. Ningún sobreviviente del Holocausto ingresó directamente a la Argentina. A los judíos nos mantuvieron, bajo vigilancia armada en el Hotel de los Inmigrantes. Jaime y Manuel nos acercaban comida, porque ni de eso éramos provistos. Al cabo de los cinco días partimos en un vapor hacia Montevideo, Uruguay, desde donde pensábamos cruzar, vía Salto, hasta Concordia, donde residían

Manuel y Jaime".

Con cédulas uruguayas, iniciaron el cruce en el vaporcito. En la aduana ya habían cambiado el Appel por Oppel. "Nuestros hermanos esperaban en la orilla concordiese. Nos abrazamos y lloramos y reímos. Había algo de melancólica celebración, de triste euforia en aquel reencuentro". De a poco se acomodaría a la vida de Entre Ríos, una sociedad en la que la discriminación existía: un ejemplo eran clubes que no permitían asociarse a judíos. Víctor rindió libre la primaria y secundaria y lo que seguía era convertirse en médico. Viajó a lo de su primo en Mendoza y comenzó la carrera en la Universidad. Allí conocería a Esther Suchowolski, su futura esposa. Al corto tiempo, ella quedó embarazada: "Al escapar de la muerte, anidó en todos los que nos recuperamos medianamente, la idea de formar una familia, de tener hijos que ayudasen a nutrir un pueblo diezmado como el judío tras la Shoá. En 1958, nació mi hijo Sergio "Zalmi". Luego llegaría Rita y Rony. Volvieron a Entre Ríos, Concordia, donde con su esposa ejercieron como médicos y también desarrollaron varias fincas.

"Se decía que estuvimos en los campos de exterminio nazis, y no lo negábamos, incluso me hicieron varios reportajes en los que abordaba el tema elípticamente, sin descripciones minuciosas, ni a los parientes dejamos ahondar demasiado en ese período. De los dos, era José el más hermético, el que preservaba su-nuestra- historia. Pasaba noches largas en las que los sueños lo azotaban y balbuceaba nombres y se bañaba en sudor como cuando la tuberculosis lo devoraba en Alemania". "Un día, mi boca parió nuestra historia. Rescaté todo el horror, y les restituí sus nombres a los protagonistas, y les reasigné a cada uno de ellos sus culpas y sus pesares Narré todo, interrumpiéndome a veces para ahogar el llanto. Y no me conformé con eso, porque cumpliendo con el pedido del rabino eslovaco, aquel que parecía un espantapájaros huesudo, conté, conté no sólo a mi familia y a los judíos, también a aquellos que tuviesen los oídos bien dispuestos. Inicié una seguidilla de charlas en colegios secundarios y universidades, y no únicamente de Concordia o Entre Ríos, sino de todo el país. También por entonces fui nombrado presidente de la Asociación Unión Israelita de Concordia, y desde allí transmití mi mensaje contra el olvido. Tal vez el mismo mecanismo casi de relojería se activara en muchos otros sobrevivientes al mismo tiempo, ya que en todo el mundo ellos también brindaron su testimonio, refutando la criminal teoría negacionista que ciertos sectores neonazis agitaron para hacer creer al mundo que el Holocausto jamás existió".

En los años posteriores sus hermanos Jaime y Manuel emigraron a Israel. Pero la familia se agrandaría con la llegada de los nietos (Melany, Jordan, Michelle, Jeremías, Jonathan). Con ellos pudo reconstruir su historia en el viaje a su Pioeni natal, que es donde comienza este relato que intenta acercarse y reflejar la vida del los Oppel, de Víctor, de José y los que no lograron sobrevivir. "Doy gracias a Dios por haberme dado la entereza necesaria para atravesar el infierno y más tarde, para recordarlo", son las palabras finales de Víctor, que pasarán a la posteridad en su libro, el cual narró hasta el 24 de enero de 2005, un día antes de dejar este mundo, en su querida Concordia.

Refugiados en Mendoza

Para los sobrevivientes que eligieron Mendoza como el lugar para empezar de nuevo sus vidas y ver crecer a sus hijos y nietos no fue nada fácil al principio. Sin hablar castellano tuvieron que abrirse camino en la sociedad.

En un principio algunos de ellos se reunían en una casa de la denominada Cuarta Sección, una zona cercana al Centro en la que vivían muchas personas de la colectividad y sobre todo quienes inmigraban. Con aire barrial estilo La Boca o San Telmo, este sitio donde predominan las grandes casas era elegido por su bajo precio para alquilar o comprar un inmueble.

A esta provincia llegó la Shoá Foundation de Spielberg y grabó las historias de tres sobrevivientes.

Gerszon Sznajderman (85) perdió a su familia en Polonia y tras la guerra llegó a Mendoza donde instaló una mueblería y formó una familia. Aunque Igo Hercovici habló para la Shoa Foundation, actualmente , a sus 81 años, confiesa que no está en condiciones de rememorar sus días en Rumania, en el gueto de Cernauti y en las penurias que pasó, escapando, para no terminar en un campo de exterminio.

Hasta el día de su muerte, hace 10 años, Regina Lajter cargó con la impronta de la crueldad nazi: el 47117 es el número que imprimieron en su brazo en Auschwitz. Hoy, sus hijos, Daniel y Manuel, mantienen viva la historia. Por su parte Helena Ickovic, quien también sobrevivió a Auschwitz unto a su hermana, falleció en 2001, y dejó su testimonio grabado para la posteridad.

Entrevista a Gregorio Sznajderman, un sobreviviente en Mendoza

"Todavía me parece que pueden vivir..."

Gerszon "Gregorio" Sznajderman fue entrevistado por la Shoah Foundation el 12 de diciembre de 1998, cuando tenía 78 años. Nació en 1920 en Macejow, un pueblo que pertenecía a Polonia (ahora a Ucrania), ubicado entre Alemania y Rusia. Después de algunas llamadas previas, Gregorio como lo rebautizaron cuando llegó a Argentina, me cita en su casa en el barrio Bombal, en la ciudad de Mendoza. Con 85 años tiene una memoria impecable para citar fechas y recordar cronológicamente su vida. Con un castellano con reminiscencias del Idish (dialecto alemán al que se incorporaron elementos del hebreo) comienza a contar su infancia en Macejow.

En su familia eran diez hermanos, siete mujeres (tres menores que él) y tres varones, junto a sus padres Matías y Eva. "Era un pueblo chico. Los pisos de mi casa eran de tierra, porque no había plata para hacerlos de madera. Había dos piezas y la cocina. Y faltaba plata, había días que no había para comer. Era un pueblo sin trabajo, porque no habían fábricas. El 90% eran pobres y el 10% que podía sobrevivir". El padre trabajaba afuera como lechero, comparaba la materia prima y hacía manteca, queso y exportaba a Varsovia. Sólo los viernes, sábados y domingos estaba en su hogar. Su madre era ama de casa. "Allá no se podía estudiar, yo tengo cuarto grado, porque después había que pagar y no teníamos plata. Todos mis hermanos buscaban trabajo. Yo hacía de todo: trabajaba con caballos o poniendo tejas en los techos". "Eramos muy unidos en la familia. Pero mi madre falleció en el año '31. Ahí mi hermanita más chica tenía 2 años y yo 12. Entonces todo lo que yo ganaba se lo daba a mi hermana mayor, la más grande estaba en Argentina (viajó en el 30), se escapó porque era comunista".

- ¿Cómo era un fin de semana entonces?

- Siempre nos juntábamos con los amigos, en verano estábamos sentados afuera, mi

papá salía a tocar el violín y la gente que vivía al lado venía a verlo.

- ¿Y en las festividades religiosas?

-Yo iba al Shill (sinagoga) todos los días y después no fui más. No era tan religiosa la familia pero manteníamos la tradición.

- ¿Ya sufrían discriminación antes de la guerra?

- Siempre había problemas. Los polacos y ucranianos contra los judíos. No nos querían. Por eso yo no sé hablar polaco, nunca quise, siempre hablé Idish o hebreo. De noche tiraban piedras y cuando estabas solo venían 4 o 5 y se armaba.

Recuerda que antes del '37 les avisaron que el que podía se fuera, porque aumentaba el antisemitismo con el ascenso de Hitler. "En mi casa nos queríamos ir todos, teníamos tíos en Norteamérica, pero no había plata para el pasaje en barco". Las cosas se complicaron para ellos con leyes prohibitivas para los judíos, como la que no les permitía poseer tierras.

Empieza la guerra. Así vivieron hasta que en 1939 empezó la guerra. "Mitad Polonia ocupó Alemania y mitad Rusia, nosotros quedamos en esa parte. Un día entraron los rusos con sus tanques. Entonces andabas por la calle sin miedo. A mi me dieron una ametralladora y me hicieron jefe del bufete de la estación de tren (a los 17 años). Así pude mantener a la familia". Pero en el '41 encontró la estación desierta; ya no estaba el ejército Rojo; entraban los nazis: "Volví al pueblo y ya había gente muerta en pleno centro. El Ejército Ruso me llevó, pero no dejaron traer a mis hermanos". Esa fue la última vez que vio a su familia. "Nos fuimos en tren, atravesando Rusia -dice que conoce el país de punta a punta-. Los alemanes venían atrás y los aviones bombardeaban los vagones en los que íbamos", narra. Más tarde trabajó en una fábrica en la que hacían paracaídas y conoció a quien sería su esposa.

Tal vez el golpe más duro fue tras la guerra y al recibir una carta de un primo que le contó sobre la familia: "Me contestó: 'no tenés para que venir, no tenés a nadie'. Me contó que en el '42 los alemanes engañaron a la gente judía del pueblo. Les dijeron que los llevaban a trabajar, y fueron a un bosque. Pusieron a todos alrededor de un lugar con mucha agua. Dieron la orden de disparar y mataron a todos". Relata que su primo se tiró al agua antes de los disparos: "Estuvo tres días debajo de los muertos, mientras los ucranianos cuidaban, hasta que se escapó a los bosques", y agrega: "A mi padre y tío los mataron juntos. Los sacaron de la casa y les dispararon". También pudo averiguar que un austriaco escondió a una de sus hermanas. "Pero un ucraniano se enteró y la delató con alemanes. Se la llevaron, y la mataron".

- ¿Sospechaba lo que le había pasado a su familia?

- Nunca y después no quise volver ni a Ucrania ni a Polonia. Estaba muy mal, pensé irme a Israel o hacerme Católico y se terminó de una vez por todas, ya está, toda la vida sufrimos, para qué.

-¿Pensaba en ellos?

- Todos los días, no una vez. Y perdóneme que le voy a decir algo, yo ya no soy judío soy ateo. Si hubiera un Dios no deja matar a mis hermanas, una tenía una nena. Entonces en dónde está Dios, dígame, cuando de 10 personas quedar yo solo, que puede hablar (sic)

- ¿Se preguntó porque se salvó sólo usted?

- Porque vinieron los rusos y me llevaron; si no habría estado allá junto con ellos.

Otra vida. "Me casé en Rusia y tuve una nena, no me dejaron entrar con una criatura a Israel. Entonces mi primo me dio la dirección de mis hermanos que estaban en Argentina. Ellos me mandaron los papeles". Sostiene que lo que había sido su pueblo en Polonia estaba destruido. La UNRA (organización para refugiados) le pagó los pasajes. Anduvieron por varios países hasta llegar a Francia, donde embarcarían a

Paraguay, y Uruguay, para poder entrar ilegales a Argentina, ya que aún regía la prohibición de ingreso para los judíos. Una vez en Buenos Aires trabajó en una fábrica de tejido, juntó plata y viajó a Mendoza, donde tenía un hermano. Ahí instaló una mueblería, corría el año 1950. Entonces la mayoría de los judíos vivían en la Cuarta Sección, una zona cercana al Centro con aire de barrio. "Todos los judíos que venían de la última guerra nos juntábamos en el café Argentina, en calle Córdoba y San Juan". Finalmente, y como había soñado, Gregorio formó una familia. Tuvo cuatro hijos, nueve nietos y un bisnieto. "La nieta mía que está en Norteamérica, que es médica, me dijo 'quiero sentarme con vos un año, que me contés toda tu vida, y voy a escribir un libro'.

- ¿Volvió al pueblo en Polonia? ¿Le mostró a su familia?

-Fui con mi hijo y nieto. Y quiero volver, quiero ver otra vez, no me quiero olvidar, no me puedo olvidar. Todavía me parece que pueden vivir...

Helena Ickovic y Regina Lajter sobrevivientes en Mendoza

Dos hermanas en Auschwitz

El casete que la Shoah Foundation le entregó a la familia es apenas un escueto resumen de la vida de Helena Ickovic (falleció en 2001), quien en 1997 se animó a contar frente a cámara su paso por Auschwitz. Su hijo, Leopoldo Garfinkel, rememora parte de la historia que terminó de reconstruir cuando vio la filmación: "Ahí dijo cosas que no conocíamos".

"Siempre me interesó la historia, pero a veces se ponía mal. Ella no tenía el número del campo en el brazo, pero sí quemaduras y una cicatriz. Nos dijo que se le había caído leche hirviendo, pero yo no creo que fuera un accidente", agrega Mónica (24), nieta de Helena.

Helena repasa su historia, en una hora y media, en la cinta de Spielberg: nació en 1925 en Checoslovaquia, en el pueblo de Iza, donde vivía con sus padres y seis hermanos. La crisis hizo que su papá viajara a la Argentina.

Antes del '39, la mayoría de la familia emigró a la Argentina y sólo se quedaron Helena, con apenas 11 años, y Clara (16), porque no les alcanzó para comprarles el pasaje, según les explicaron. Con la entrada de los nazis, las deportaron al gueto de Chuste y se separaron. "Dos meses después nos pusieron en vagones, todos cerrados, donde llevaban el ganado. Así cuatro días hasta Auschwitz", asevera y empieza el detalle del campo de exterminio: "Se veía un displayado. Ahí separaban a los grandes de los chicos. Si había una madre joven y no quería dejar a su bebé, la mandaban con los viejos; ellos iban derecho al crematorio". Continúa: "En el lager (en alemán campo de concentración) me encontré con unas primas y me dijeron que estaba Clara. Arreglamos para cambiarnos de barracas y poder estar juntas". Helena repasa cómo era un día "común" en Auschwitz: "Un día nos cargaron en vagones a las dos para ir a trabajar a un campo. Pero justo llegó un comunicado de que el cupo estaba lleno. Entonces nos llevaron enfrente, a otras barracas: todos estaban llorando, rezando, y ya nadie comía; sabíamos que de ahí se iba al crematorio. Te sacudía el miedo. Yo charlaba con Clara que había llegado el final de nuestra vida. Así pasaron un día y una noche, hasta que entró una contraorden para ir al trabajo", afirma y añade que su destino fue un campo de la ciudad alemana de Salzwedel.

La situación mejoró para las hermanas, quienes en un momento escucharon que pasaba

la pesadilla con el fin de la guerra. De ahí fueron a Bélgica con la Cruz Roja y luego contactaron a sus padres y hermanos y viajaron a Buenos Aires. "Hacía 16 años que no veíamos a papá; no lo conocimos. Yo tenía mucho resentimiento porque nos habían dejado solas". Su historia continuó en Mendoza, donde se casó y tuvo dos hijos.

El 47117 de por vida

Hasta el día de su muerte, Regina Lajter de Engelstain conservó el 47117 en su brazo izquierdo. En Auschwitz, donde tuvo enfrente a Joseph Menguele, le hicieron presenciar cómo sus padres entraban a las cámaras de gas. Hoy, sus hijos, Daniel y Manuel, mantienen viva la historia:

Regina nació en 1918, en un pueblito en una zona campesina de Lublin (Polonia). Eran cinco hermanos. "Contaba que en ese momento los polacos eran los antisemitas y entregadores más grandes que hubo. Por cualquier cosa a mi abuelo le inspeccionaban la panadería e inventaban algo para llevarlo preso",

En el '38 se casó y el marido se vino a la Argentina. Ella iba a hacer los papeles y después viajaría; pero la sorprendió la guerra. "A la familia la llevaron derecho a Auschwitz. Siempre contaba que vio cuando trasladaron a la madre a la cámara de gas", desliza Manuel, y Daniel y agrega que también pasó por Majdanek: "La promesa que hacían en los campos era que el que sobreviviera debía contar lo que pasaba; el mundo debía saber".

Todos estos detalles los fue revelando Regina a sus hijos en forma aislada. "Eramos muy chicos y ella contaba en momentos que surgían en la vida: un día no querías comer, y aunque sin maldad, recordaba que allá daban gracias al encontrar una papa, se alimentaban de sopa, con cáscaras, basura, desperdicio o lo que podían."

Cuando terminaba la guerra Regina formó parte de un contingente de 10 mil vidas que "compró" el conde Folke Bernardotte. Así llegaron en vagones a Suecia: "Tenía una tía en EEUU, y le escribió para preguntarle si sabía algo de mi papá (a quien no vio durante 10 años). Él la estaba esperando, le consiguió papeles, la fue a buscar a Buenos Aires y al principio no se reconocieron"

"El tema era cómo seguir con sus vidas después de este infierno. Mamá venía enferma con tifus y bocio". El número que marcaban en los brazos de los sobrevivientes era un problema para ellos. "Ella tenía el 47117. Todos los vecinos le preguntaban y cuando no quería contar decía cualquier cosa. En ese momento muchos se operaban para borrarlo, pero ella no quiso", puntualizan los hijos de Regina. Y concluyen: "Al final estuvo muy mal porque revivía todo permanentemente, no podía dormir. El trastorno psíquico fue peor que el físico".